

misticismo ruso

● PHILIPPE DE REGIS, S. J.

Se habla mucho del misticismo ruso. Es casi un tema gastado. De hecho, el misticismo es un elemento importante, no solamente de la piedad rusa sino del carácter ruso como tal. Es, sin discusión, un pueblo que posee aspiraciones y posibilidades extraordinarias en ese sentido.

Se ha hecho notar con razón que el elemento místico se halla aún en el ateísmo bolchevique. No es necesario, sin duda, exagerar esta afirmación. Es desgraciadamente cierto que se encuentran entre los rusos, como en todos los otros pueblos, manifestaciones del materialismo más grosero. Pero, más que en otros, existe en este pueblo, en medio mismo de sus errores, un soplo de sacrificio y de ideal.

Esto es lo que observa a propósito Santiago Hovia ("El espíritu del cristianismo ruso", p. 186-187): "Si los epítetos de "genia." que se dan en Rusia soviética a Lenin y a Stalin pudieran justificarse de algún modo, es, ante todo, por su diabólico genio de saber utilizar las innatas fuerzas místico-religiosas del pueblo ruso para lanzarlas en la lucha contra la religión y la mística".

Todo esto es exacto. Pero nosotros pretendemos ahora hablar del misticismo ruso en un sentido más preciso, que designe su objeto propio, la aspiración hacia Dios. Se hace preciso decir antes algunas palabras de su fuente directa, el

hesicasmo griego, del cual es el hijo auténtico, *aunque con sus características propias*.

I — EL HESICANISMO GRIEGO

1) Fundamento de esta doctrina: El hesicanismo deriva, de una manera lejana, de una gran idea, cada a los Padres griegos, la de la *deificación*.

Según esta ideología, la naturaleza humana debe ser considerada como buena en su fondo. La terminología de los Orientales es muy diferente, desde ese punto de vista, de la de los occidentales. Para ellos, la naturaleza y la gracia no son opuestas, sino que expresan la misma realidad. *La síntesis se cumple en el parecido divino, obra de la gracia*. Por consiguiente, todos los esfuerzos del alma, en su lucha ascética, son para restablecer en su pureza original la imagen de Dios, desfigurada por el pecado.

He aquí como el P. Danielou, en su bello libro "Platonisme et théologie mystique" (p. 54) expone esta síntesis: "El conjunto de estas realidades (vida intelectual y vida sobrenatural) constituye la naturaleza, a la cual se opone la vida animal, *la cual está solamente sobreañadida a aquélla*".

Se ve que esta noción de la naturaleza tiene un objeto diferente de aquel que ella designa en la teología occidental. Para esta última, la naturaleza comprende la vida animal y la vida intelectual

y está en oposición con la vida "sobrenatural", quien le está añadida. Para la teología griega, al contrario (S. Gregorio de Niza), la naturaleza comprende la vida intelectual y la vida sobrenatural, y es la vida animal quien les está sobreañadida. Esto explica por qué los griegos pueden decir que el hombre es bueno por naturaleza sin caer en el naturalismo, y que está por naturaleza unido a Dios sin caer en el panteísmo.

2) *Hesicasmo*. Es la doctrina mística más popular en todo el oriente. Está basada en la repetición incesante de la "oración de Jesús". El presupuesto filosófico que la justifica es que el nombre es un verdadero sustituto de la persona y posee todo el valor de ésta: por eso, cuando se invoca a Jesús, se *tiene* a Jesús realmente en el corazón.

3) El auténtico fundador de esta escuela es S. Simeón el Nuevo Teólogo (949-1022). Su espiritualidad es ciertamente sana y tradicional. No deja de proclamar la necesidad de una seria preparación ascética para poder penetrar en el jardín cerrado de la mística. Se notan en él, sin embargo, dos rasgos que no dejan de ser inquietantes y parecen discutibles desde el punto de vista de la sana concepción espiritual.

1º) S. Simeón admite y afirma la inferioridad de la vida ascética, la cual no podría ser concebida más que como la preparación a la mística, única verdadera espiritualidad digna de este nombre. Según él, hay que llegar necesariamente a "abandonar los trabajos del ascetismo por la contemplación". Perseverar en ellos sería "imitar al mulo que tira siempre su molino en el mismo círculo".

2º) Hay algo más grave: S. Simeón no admite más que un solo criterio infali-

ble de la santidad: el conocimiento que se tiene de que se ha sido marcado con el sello divino. Es imposible, según él, no tener conciencia de la Gracia. Quien posee este sentimiento íntimo no tiene ninguna otra prueba que exigir ni que proveer: es un verdadero espiritual. Se ve enseguida el peligro de tal concepción. Nos hallamos en pleno subjetivismo, colocados deliberadamente fuera de la vida de obediencia a la autoridad legítima, tan cara siempre a la auténtica tradición de la espiritualidad cristiana.

Los discípulos del *Nuevo Teólogo* debían franquear el paso que separa definitivamente su escuela de la sana ortodoxia. Ellos se liberan del fastidioso ascetismo, considerado ya como inferior por el Maestro, por un cómodo sucedáneo. En lugar de la perfección moral, de austera y difícil adquisición, ellos propugnan un "método rápido y científico", que dispensa de aquélla y permitirá arribar sin fatiga a la contemplación deseada. "Método de la santa razón y atención", tal es el título de una pequeña obra por mucho tiempo atribuida falsamente a S. Simeón, pero que es de uno de sus discípulos. Este tratado tuvo una extraordinaria influencia en todo el Oriente. El medio propuesto es la repetición casi incesante de la "oración de Jesús" (Señor Jesucristo, Hijo de Dios, tened piedad de mí, pecador), acompañada de toda una técnica bastante difícil, donde se adapta la recitación de la oración al ritmo de la respiración, y donde el infaloscopio (contemplación del propio ombligo) ocupa un lugar de privilegio.

El hesicasmo reinó como maestro indiscutido en todos los monasterios de Oriente. El Monte Athos fue su santua-

rio natural; y de allí, gracias a la autoridad de la montaña santa, penetró en Rusia e inspiró toda su tradición mística.

II — TRADICION MISTICA RUSA

Esta deriva en línea recta del hesicasmo griego. Sería suficiente para convenirse de esto, el libro "La Filocalia", que traducido al ruso fue, durante largo tiempo, el único libro espiritual que se leía. Se trata de una recopilación de los escritos de los Padres y autores espirituales, en particular de S. Simeón el Nuevo Teólogo, todos los cuales se refieren a la querida doctrina de la "Santa oración y atención" y a la "oración de Jesús". Sin embargo es extremadamente notable y parece casi increíble que los rusos, guiados por un instinto muy seguro, o mejor dicho, por la Providencia Divina, hayan sabido evitar los peligros que hemos señalado y de los que hemos debido confesar que la tradición griega no había sabido guardarse. Es difícil explicarse el hecho, y sin embargo es necesario constatarlo.

Se observa, ante todo, que la mística rusa ha sabido conservar su estima por el *ascetismo* y lo ha colocado resueltamente en el primer rango. Los rusos son esencialmente penitentes. Tienen la *conciencia muy viva* de la dificultad de la lucha y no están dispuestos a dispensarse de ella. Los "métodos cómodos y prácticos" no serán de ninguna manera de su gusto. Por el contrario, buscarán, con todo su ardor, el camino arduo y heroico que lleva a la perfección. El término mismo que emplean para designar el esfuerzo de la santidad indica bien su concepción: "fodrigni" o "hechos sublimes", "hazañas". Debe recordarse también la

concepción espiritual de los "viejos creyentes" y su protesta contra esos griegos o filogriegos que pretendían imponerles sus reformas: es en nombre de su ideal de heroísmo mucho más que en nombre de un purismo litúrgico que ellos se levantan con indignación contra los innovadores.

Una segunda observación se impone. La espiritualidad rusa es esencialmente activa y apostólica, y en esto, se distingue netamente del misticismo bizantino, únicamente contemplativo y huidor del mundo.

En cuanto a esto, es necesario decir que Vladimir Soloviov cometió un error cuando, en su leyenda de S. Nicolás y S. Casiano (1), identificó a Casiano con el Oriente; o, mejor dicho, sí, tenía razón, si él quería hablar solamente de la Iglesia bizantina. Rusia misma, se ha sentido siempre más cerca de S. Nicolás que de su compañero de paseo. El verdadero misticismo ruso ha estado siempre en lucha contra el mal: social y apostólicamente nunca se ha mostrado perezoso. Al menos, así era en la antigua Rusia. Solamente después del establecimiento del régimen sinodal, tan falta para la Iglesia, el espíritu de libertad y de actividad, característico de la joven mística rusa, no pudo desarrollarse. Entonces sí, por la fuerza de las cosas, se encerró en sí mismo y se volvió únicamente contemplativo. Pero este es un fenómeno posterior y no del todo natural a las tendencias profundas de su alma.

Desde la época premongólica (antes de 1240) y durante toda la época moscovita

(1) Es por esta graciosa leyenda que el gran filósofo comienza su libro: "La Russie et l'Eglise universelle": "San Nicolás y San Casiano..., etc. (p. 4).

(1240-1700), todos los Santos, sin excepción, son luchadores. Así se muestra, por ejemplo, a S. Sérapion, obispo de Vladimir, cuyo celo por la predicación del Evangelio era intenso: "Nuestra incompreensión me aflige, repetía. Yo os lo suplico: abandonad vuestras obras paganas". Lo mismo se diga de S. Leoncio de Kostov y tantos otros.

El gran San Sergio (1319-1392) merece mención especial. Es una de las figuras más populares de Rusia. Comenzó por llevar una vida de solitario en la selva. Muchos rasgos lo asemejan a S. Francisco de Asís; por ejemplo su actitud para con los animales, puesto que él también conversaba con los osos de la floresta. Pero tiene, al mismo tiempo, como escribe uno de sus biógrafos, "un olor específico de abetos frescos" (huele a los pinos de sus bosques). Es de auténtica filiación hésychaste. Practica la "oración de Jesús". Fue favorecido con apariciones de la Santísima Virgen. Al mismo tiempo, permanece el rudo asceta que siempre ha sido. Y no teme dar ejemplos de gran actividad, llegando a ser el fundador y organizador del gran monasterio de la Santísima Trinidad, y poniéndose resueltamente al servicio de la causa pública, durante las grandes desgracias de la patria, bajo el yugo tártaro. Es necesario señalar también dos grandes santos monjes, S. Nilo Sorsky (1433-1503) y S. José de Volokolamsk, su contemporáneo, célebres por el conflicto que hubo entre ellos a propósito del derecho de los monasterios de poseer bienes. José triunfó. Pero la figura de Nilo queda nimbada de una aureola de santidad poco común. Su influencia fue inmensa sobre los *skites* (pequeños monasterios) de la Rusia del Norte. He aquí, a título de

ejemplo, una página suya, que nos muestra bien en qué fuente se inspiraba su santidad: "*¿Qué lengua lo dirá? ¿Qué inteligencia lo expresará? ¿Qué palabra lo explicará? Es terrible, en verdad, y eso no se puede expresar. Sentado en mi celda, sobre mi cama, yo veo la luz que no es de este mundo y dentro de mí contemplo al Creador del mundo; converso con El y lo amo, y me nutro abundantemente del solo conocimiento de Dios. Unido a El, me levanto más alto que los cielos, y eso es conocido por todo el mundo y es la verdad. Dónde se encuentra mi cuerpo yo no lo sé*". Pasando forzosamente por alto muchos nombres, que merecerían sin embargo una mención, sobre todo Paisios Velichkovsky (1722-1794), quien redescubrió la "oración de Jesús", queremos detenernos en un pequeño libro anónimo del último siglo, singularmente interesante, cuya traducción española ha sido publicada por Desclee. Fue intitulado "Relatos de un peregrino ruso" y nos cuenta las aventuras espirituales de un peregrino, que transforma la práctica de la "oración de Jesús". Esta obra es indudablemente de pura tradición hésychasta; pero al mismo tiempo, lo que llama la atención agradablemente, es la ausencia completa de las curiosas prácticas griegas (adaptación de la oración al ritmo respiratorio, etc.); y, hecho característico de la espiritualidad rusa, el peregrino no piensa en absoluto libertarse de la ascesis, sino que la coloca en primer lugar. He aquí un breve pasaje que permitirá hacerse una idea del valor espiritual de la obra: "*Obedeciendo a esta regla pasé el verano entero repitiendo sin cesar la oración de Jesús y sentí gran tranquilidad. Mientras dormía soñaba, a veces, que estaba rezando la oración. Y*

durante el día, cuando me sucedía encontrar algunas personas, parecíamos tan amables como si hubieran sido de mi familia. Los pensamientos se habían calmado y sólo vivía su oración; comenzaba ya a inclinar mi espíritu a escucharla y a veces sentía mi corazón como un gran ardor y una gran alegría.

Es necesario, por fin, terminar nuestra breve revista, por aquel que fue, posiblemente, el más grande de todos, Serafín de Sarov (1759-1853), verdadera réplica en el siglo XIX, de S. Sergio. Como él, comienza por la soledad completa, viviendo largos años recluso; pero, como él, la abandona para ir a las almas y ayudarlas. No tuvo, como su predecesor, que intervenir en los negocios públicos, pero abre generosamente su puerta a todos aquellos que quieran pedirle consejo, y al igual que su contemporáneo, el Cura de Ars, dedica sus jornadas enteras a recibir las multitudes que vienen a él. Por ello, se puede decir que fue el educador de Rusia entera, el *staretz* por excelencia.

S. Serafín es naturalmente de tradición *hésychasta*. Se reencuentran en él la práctica asidua de la "oración de Jesús", los fenómenos fisiológicos —calor del corazón y luz, buscados por sí mismos. Su espiritualidad presenta algunos rasgos de subjetivismo, de valor más dudoso. Es justo agregar que el hecho está sujeto a severo análisis, pues no se posee más que la información de uno de los discípulos del santo *staretz*, un tal Motoviloff, y no sabemos si ha comprendido bien y transmitido fielmente las palabras del Santo.

He aquí el pasaje en cuestión, que se ha convertido en clásico de la literatura espiritual rusa:

—¿Cómo sabría yo que estoy en la gracia? —insistía siempre—. No lo en-

tiendo; ¿cómo puedo yo estar seguro de que estoy invadido por el Espíritu de Dios?

—Le digo que es muy sencillo —repuso el *staretz*— y ahora mismo acabo de citarle de qué manera los hombres se pueden dar cuenta de ello... ¿quiere usted ver más claro?

—Quiero comprenderlo bien, ¡perfectamente bien!

El Padre Serafín me agarró entonces por los hombros y me dijo:

—¡Estamos ahora los dos en el Espíritu Santo de Dios! ¿Por qué no me mira?

—No tenga usted miedo; es usted ahora tan luminoso como yo. Usted está ahora en la plenitud del Espíritu Santo, porque, si no, no me podría ver en este aspecto... ¿Por qué no me mira usted? No tenga miedo. Dios está con nosotros.

Apenas había levantado yo los ojos, cuando un temblor religioso se apoderó de todo mi ser. Imagínese en medio del sol la cara de la persona que le habla. Usted ve el movimiento de sus labios, la expresión de sus ojos.

III) -- CARACTERISTICAS DE LA SANTIDAD RUSA

Es necesario decirlo y repetirlo. En su fondo íntimo, la santidad rusa es semejante a la de Occidente. No hay dos tradiciones opuestas, sino, a lo más, dos vías paralelas que provienen de la misma fuente y llevan a un fin único. No podemos entonces más que aprobar plenamente el juicio de Santiago Hevia ("El espíritu del cristianismo ruso", p. 96): "Creemos pisar terreno firme cuando, en lugar de citar a los grandes pensadores, letrados y filósofos y otros sabios eruditos

transportamos el centro de gravedad a un plano distinto. Y creemos que este plano es más a propósito para penetrar en el genuino espíritu del cristianismo ruso y para los fines de la unidad católica. Si, por una parte, un ortodoxo ruso, deseoso de conocer el catolicismo romano, debiera comenzar por tener conocimiento de las grandes lumbreras de la fe cristiana en el Occidente, así nosotros deberíamos igualmente estudiar con atención a aquellos que fueron los verdaderos iniciados del cristianismo oriental, si la reconciliación de las dos grandes Iglesias nos interesa y nos parece cuestión digna de importancia en la vida cristiana".

Sin embargo, es evidente que la santidad rusa presente diferencias específicas que no se encuentran en la de Occidente. La fuente de estas diferencias está en la diversidad de sus *experiencias religiosas*.

La experiencia occidental se presenta bajo un aspecto dinámico. Está completamente orientada con amor hacia el exterior, hacia Cristo, sin duda, pero concebido como objeto de su aspiración. El Santo de Occidente tiene sed de Dios; está poseído del deseo de Dios. Como las flechas de sus catedrales góticas, su alma se lanza hacia el cielo.

Berdiaeff llama esta experiencia "antropológica", sin que, desde luego, este término tenga un sentido peyorativo en su pensamiento.

En Rusia, la actitud del alma es otra. El hombre no tiende hacia Dios; sino que más bien, se arrodilla delante de El, en la intimidad de su corazón. Dios no es *objeto* deseado, sino *sujeto* en el interior del hombre. Lo mismo que las iglesias góticas reflejaban la tendencia del alma

occidental, los templos rusos, ricos, ornados, simbolizando tan felizmente "al cielo sobre la tierra", expresan bien esta actitud del alma rusa. "*En el cristianismo oriental*, dice Berdiaeff en una fórmula particularmente feliz y profunda, *no existe el tormento romántico que nace de un hambre mística; encontramos, en su lugar, la saciedad mística*".

Contrariamente al Occidente, la actividad está orientada hacia el interior, hacia la transfiguración y la divinización de la naturaleza humana, y no hacia el exterior, hacia la creación de valores culturales. Si la vida de la Iglesia Católica puede resumirse en las palabras de Cristo: "*Id, enseñad; curad los enfermos*", el programa de perfección del ruso acentuará estas otras enseñanzas: "*Sed humildes, pacientes, dulces, llenos de compasión desde el fondo del corazón*".

Repitémoslo todavía una vez: esas no son dos experiencias que estén opuestas. Más bien se completan, tejiendo con su variedad la riqueza sin igual del vestido de la Hija del Rey.

Un autor alemán, el conde Kayserling escribía ya en 1914: "*Rusia es hoy, sin duda, el único Estado del mundo cristiano que está cerca de Dios*". Y otro, Oswald Spengler, escribiendo después de la revolución, se complacía reconociendo en Rusia la cuna de una nueva civilización cristiana presta a brotar detrás del escenario grotesco de un materialismo repugnante.

Es agradable pensar que estas no son palabras vanas; puesto que un pueblo que tiene una tradición mística tan pura debe poder enseñar la santidad a un mundo que tiene una terrible necesidad de tal lección.